

La púa dentro de su fuerte muro  
Las hileras formó de los piñones,  
Y porque alguna vez el tiempo duro  
Con ventosas y heladas municiones  
No conquistase al escuadrón seguro,  
Le trincheo por todos los cantones  
De cortezas la gran naturaleza,  
Con que vence del frío la dureza.

Finos granates y jacintos cubre  
En su redondez lisa la granada;  
El castaño la rubia esfera encubre,  
De agudas puntas en contorno armada;  
La olorosa camuesa se descubre  
Entre esmeraldas de oro matizada;  
El membrillo lanudo y restringente  
Muestra madura la florida frente.

La tierra fértil en un breve rato  
Adornada de pastos y de flores,  
De árboles varios con vistoso ornato,  
Risueña se mostró con mas colores  
Que el iris saca con aspecto grato  
Del sol contra los vivos resplandores,  
Cuando rescata de la prisión fría  
Con el arco celeste al triste día.

Muchos se admiran de razón ajenos,  
Cómo la tierra derramó en un punto  
Los nuevos partos de los anchos senos,  
Volviendo alegre su color defunto,  
Y en los campos de varias flores llenos,  
Dieron las plantas fruto al mismo punto,  
Como si en cualquier cosa no se viera  
Mayor milagro, si se considera.

Recibe el césped al menudo grano  
Del rubio pan, que para su provecho  
Sembró del labrador la avara mano,  
Rompiendo á Ceres el piadoso pecho;  
Pero su intento no le sale en vano,  
Que en el sulco del trigo ya deshecho  
Brotó la yerba, y como sutil planta,  
Reverdecido en alto se levanta.

Mas luego que á crecer la espiga empieza;  
Para el futuro fruto con grande arte  
Prepara vasos la naturaleza  
Donde forma los granos y reparte,  
Porque del Aquilon ni la aspereza,  
Que con rigor desde el Areturo parte,  
Ni el seco estío ni el bañado invierno  
Les hagan daño en su principio tierno.

Entonces sobre el colmo ya maduro  
Con el fuego que enciende el sol dorado,  
De Dios la providencia un fuerte muro  
Hace en torno de aristas rodeado;  
Para que, como alcazar muy seguro,  
El torreón no sea despojado  
Por las menores aves de la tierra  
De las queridas prendas que en sí encierra.

Mas ¿para qué tan largo tiempo gasto  
En adornar de espigas la campaña,  
De plantas, yerba y de florido pasto  
El campo, el valle, el prado, la montaña,  
Si puede enriquecer el árbol vasto  
Que en Zebut es nacido (cosa extraña)  
Los campos, valles, montes y jardines  
De espigas, yerba, plantas y jazmines?

Si de la sed te aflige el accidente,  
De sus venas tomar puedes el vino;  
Si el vinagre te agrada, el sol ardiente  
Cociéndolo á tu gusto abre camino;  
Si rompes su corteza y dura frente,  
Hilo á hilo sacar puedes el lino;  
Da flores, fruto y pan si se ofreciere,  
En suma es todo lo que el hombre quiere.

Pero Dios, que con sólo el pensamiento  
Rige el sidéreo círculo, extendido  
Como una gran cortina, no contento  
De haber los varios árboles vestido  
De verde y odorífero ornamento,  
Y de frutos también enriquecido,  
Ha puesto medicinas conocidas  
En las plantas pequeñas y crecidas.

El ciervo tan ligero, que corriendo  
Sobre las mieses de oro matizadas,  
En su carrera al céfiro yenciendo,  
No dobla las aristas levantadas;  
Del dictamo las hojas en comiendo,  
De sí arroja las flechas enojadas,  
Que despidió con rigurosa mano  
Del arco doblador el brazo insano.

Ceñida en torno á la garganta humana  
La chicoria, á la espesa niebla esgombra,  
Que de los ojos el cristal apana,  
Y con su oscuridad turba y asombra;  
Como cuando al hermano de Diana  
La tosa nube con opaca sombra  
La luz impide, y al sereno cielo  
Cubre la vista tenebroso velo.

La flor suave que el tomillo eria,  
Y entre panales gran fragancia arroja,  
Con su virtud de la melancolia  
Al afligido corazón despoja;  
El fumoso vapor que Baco envia  
Al cerebro fantástico se afoja,  
Si sus sienas el nuevo azafran tiñe,  
Y en torno á la cabeza inquieta cine.

El oloroso nardo el dolor quita,  
Que impide el don y gracia del oído,  
Y el ménstruo en las mujeres solicita  
Hasta haber el intento conseguido;  
Al grueso humor consume y debilita,  
Que de la articular voz el sonido  
Estorbar suele, por tener cerrados  
Los miembros de la lengua organizados.

¡Oh plantas cuyas ramas saludables,  
No solo muestran su valor secreto,  
En las enfermedades incurables,  
Mas doman á las fieras con su efecto!  
Del infierno á las sombras detestables  
Ponen con su poder en grande aprieto,  
Y á las estrellas fuerzan en su curso,  
Si es verdadero el mágico discurso.

Cuando derramó la eruel serpiente  
Por los sangrientos ojos vivas llamas,  
Si las espinas escabrosas siente  
De agudas zarzas sobre las escamas,  
Hierde á la lengua con el fiero diente,  
Y entre las puntas y espinosas ramas  
Esparce por la boca en humo envuelto  
El ponzoñoso espíritu resuelto.

El escorpión, que luego que el sol pudo  
Mostrar la tierra de su luz vestida,  
Prepara siempre el aguijón agudo,  
Deseoso de hacer la corva herida;  
Y por la cola, de piedad desnudo,  
Vierte ponzoña y cólera encendida,  
Si el acónito acaso toca ó muere,  
Al punto los sentidos todos pierde.

Si devorando por su mala suerte  
La doradilla el jabali cerdoso,  
A lo interior la envia, dando muerte  
A la hambre en asedio riguroso;  
El bazo, que la cólera divierte  
Del hígado sanguíneo y caluroso,  
Y al estómago esfuerzo le está dando,  
Al feroz animal le va faltando.

Por ventura, ¿no son hazañas tantas  
Hechas, mi Dios, por tu divina mano,  
Que de varios efectos varias plantas  
Cubran la selva, el soto, el monte, el llano?  
Y las que fueron por tus leyes santas  
Para el un animal remedio sano,  
Medicina eficaz y saludable,  
¿Para el otro sean daño irreparable?

La cicuta, que al hombre de la vida  
Priva, engendra en los torcidos nutrimento,  
Que con la buena digestión cocida  
Del corazón la llevan al asiento,  
Antes que de la yerba digerida  
Sus espíritus toque el frío sustento;  
Y del hebero el pasto venenoso  
Es á las codornices provechoso.

El buey, manso animal, y conveniente  
Al uso de los carros y la reja  
Del corvo arado, muere de repente  
Si come la toscana cañaheja;  
Del dolor vigilante el accidente,  
Que á nuestro triste corazón aqueja,  
Con las adormideras, de que usamos,  
Muchas veces se aduerme y reposamos.

En suma, ó yo pasee por los prados,  
O por los campos fértiles camine,  
O me suba á los montes y collados,  
O á los profundos valles me avecine,  
O pase por los bosques acopados,  
O por ásperas tierras peregrine,  
Hallo al Eterno Padre en cualquier parte,  
De quien todo deriva y se reparte.

Mas no solo adornada fué la tierra  
De árboles y fructíferas guiraldas,  
Que preciosos metales en sí encierra,  
Ricas joyas esmalta en las espaldas;  
El crisólito claro, que destierra  
Las ciegas sombras, se cria en sus faldas,  
Y la asteria, que al fuego con que adorna  
El sol al mundo, de su color torna.

El diamante, que el hombre hoy tanto precia,  
Que con la sangre del cabron se ablanda,  
Y á la rápida llama menos precia,  
Rompiendo al hierro como cera blanda;  
Cuya virtud, tan poderosa y recia,  
En los reinos de amor gobierna y manda,  
Volviendo á la mujer que hizo divorcio  
Mas fácilmente al marital consorcio.

Tambien en brazos de la tierra nace  
La negra acates, que del Ponto fiero  
La temerosa oscuridad deshace  
Y las artes del mágico agorero;  
A los arrebatados rios hace  
Volver atrás á su principio altero  
El jacinto, que cuando Febo empieza  
A anublarse, da muestras de tristeza.

El carbunco encendido, que arrojado  
En las llamas, se apaga ó se marchita,  
Mas con el agua líquida rociado  
Arde al punto y de nuevo resucita;  
El ametisto, que al clavel rosado  
Y á la violeta las colores quita,  
El zafiro, con cuya lumbre bella  
Se oscurece la mas hermosa estrella.

## DIA CUARTO.

Padre del cielo, que del sol hiciste  
La rueda, de inmortal fuego adornada,  
Que á las hijas estrellas curso diste,  
A las errantes, regla concertada;  
Tú, que á la oscura luna esclareciste,  
Del claro Febo con la luz prestada,  
Tu resplandor infunde en mis sentidos  
Para cantar los astros encendidos.

La cinta del Zodiaco, esculpida  
De zafiros, y mas resplandeciente  
Que la plata, mas rubia y encendida  
Que el alba bella al despuntar de Oriente;  
Rica de varias joyas y lucida,  
Tuerce el viaje por la Libia ardiente,  
De donde viene lleno de humedades  
El invierno y de negras tempestades.

Después, cortando al cielo demediado,  
Adonde la florida primavera  
Nace risueña, al Aquilon helado,  
Sin correr, endereza la carrera;  
Desde allí las espigas abrasadas  
Dora el estío, y sube ella á la esfera  
Demediada del cielo, do preside  
El otoño, que igual al tiempo mide.

El rubio oro, con cuyo color pinta  
Sus madejas el sol cuando procura,  
Guiando el carro por la roja cinta,  
Mostrar alegre al mundo su luz pura;  
El hierro, que si vierte sangre tinta,  
La misma sangre, de la fuerza dura  
Con que á los bravos corazones doma,  
Cubriéndolo de orin, venganza toma;

A quien la piedra iman con ciegos lazos  
Atrae á sí con garfios insensibles,  
Con ocultos anzuelos, con abrazos  
Secretos y con redes invisibles,  
Y porfiando con estrechos brazos  
Jamás deja los nudos insufribles,  
Sin los cuales con él está anudada  
Fuertemente sin cuerda ni lazada.

¡Oh venturosa tierra, enriquecida  
Con tantos dones, cuya verde gloria  
Por el bien general, que en ti se anida,  
Suficiente á ilustrar cualquier historia,  
A escribir tus loores me convida,  
Merecedores de inmortal memoria!  
¡Oh reina á quien por tu merecimiento  
Todo el mundo te rinde acatamiento!

Del cielo abierto sobre tí descende  
La divina influencia para ornarte;  
El fuego su remoto ardor extiende  
De tí en contorno para calentarte;  
El aire del veloz viento pretende  
Ser conmovido para refrescarte;  
Y por templarte, con humores fríos  
Te humedecen los mares y los rios.

¡Pluguiera á Dios que cuando como espiga  
A crecer comencé, con su guadana  
La muerte, pues su ira no mitiga,  
Hiciera agosto desta inútil caña,  
O la séptima estrella, tan amiga  
Me fuera al tiempo que sali de España,  
Que á romper con la reja me inclinara  
Los campos, que yo entonces me ayudara!

Pero ¡ay! que el tiempo de mis tiernos años  
En vanas pretensiones he gastado,  
Y el invierno, sin dar fin á mis daños,  
Nevará sobre mi cabeza airado;  
Porque sin acabarse mis engaños,  
De mi edad el estío se ha pasado,  
A quien mató el otoño, que hoy despoja  
La cima que el verano cubrió de hoja.

En esta faja de los cuernos vierte  
El Aries bellas y olorosas flores,  
El Toro la cerviz nudosa y fuerte  
Adorna con nevados resplandores;  
Los dos hermanos, por divina suerte  
De sí esparciendo rayos tembladores,  
Hacen eterna la amistad unida  
Que concordés tuvieron en la vida.

El caluroso Canero nos envia,  
Renovando la fuerza del estío,  
Cada año al tardo y perezoso día,  
Relajando del hombre el vital brio;  
El Leon, con las llamas que en sí cria,  
De las fuentes agota el humor frío,  
Y los pastos y selvas acopadas  
Quema con sus centellas abrasadas.

Muestra la espiga en llamas encendida  
Con maduras aristas la Doncella,  
Que antiguamente con razón tenida  
Por la justicia fué, su deidad bella;  
Cuando en la edad del oro, ya perdida,  
Rigió los siglos venturosos ella,  
Y las leyes civiles publicaba  
Alegre, y con las gentes conversaba.

No era entonces el curso peligroso  
De las soberbias ondas conocido,  
Ni sobre el yunque el hierro riguroso.  
El adusto ciclope había batido;  
Ni confiado el hombre codicioso  
En los dudosos vientos, atrevido  
Buscaba sobre tablas fabricadas  
Las riquezas remotas y envidiadas.

Pero después, cuando en la edad postrera  
Con el hallado hierro se alegraron  
Las gentes, y con ira y saña fiera  
Las enemigas armas del labraron;  
La Virgen sancta al cielo abrió carrera,  
Que Jupiter y Temis engendraron,  
Y entre la Libra y el Leon sediento  
Junto al frío Bootes hizo asiento.

La Libra las balanzas suspendiendo,  
Al tiempo ignala; del dañado seno  
Vierte, con rayos de furor ardiendo,  
El Escorpion, pestifero veneno;  
La cuerda del cruel arco extendiendo  
El Sagitario, de piedad ajeno,  
A vibrar la saeta aguda y diestra  
Comienza, armando la espantosa diestra.

El Capricornio de uno y otro cuerno  
Esparce y de los pechos luces bellas;  
Cristal derrama el Ganimedes tierno  
De la broca adornada de centellas;  
Poniendo fin al riguroso invierno,  
Con las colas de candidas estrellas  
Hacen el uno y otro animal mudo  
Del gran Eufrates el dorado nudo.

Estas figuras, que formó y compuso  
En el gran templo el Padre omnipotente,  
Del primer móvil con circular uso  
Arrebatadas son continuamente;  
Pero del cielo al eje inmóvil puso,  
El cual rompiendo va invisiblemente,  
La tierra, y rige al nivelado mundo  
Con el polo encumbrado y el profundo.

La Osa, que al navegante codicioso  
En Fenicia guió, ciñe y rodea  
Al Arctico con giro perezoso,  
Y tarda en torno del Heles pasea;  
El Dragon con el cuerpo sinuoso  
De un lado a la cabeza senorea  
De Heles, y del otro a Cinosura  
La cola enciende con su lumbrera pura.

Desde los pies ocupa hasta el pecho  
Del Norte helado el círculo a Cefeo,  
A cuya hija, del terrible estrecho  
En las Indias libró el fuerte Perseo;  
Y la corona, que sacó a despecho  
Del rey de Greta al inclito Teseo  
Del labirinto, con su luz dorada  
Resplandece, de joyas adornada.

Muestra las cuerdas la suave lira  
Con que al inferno Orfeo abrió camino,  
Y las selvas movió y aplacó la ira  
De fieros brutos con su son divino;  
El cual hoy a mayor poder aspira,  
Que si atrajo a su canto peregrino  
Los bosques, mueve ahora en su alta cumbre  
Del cielo la voluble pesadumbre.

Junto a Engonaso el cisne plateado  
Asiste (premio de su hermosura),  
Con el cual engañó el enamorado  
Jupiter, disfrazado en su figura,  
A Leda, y en sus brazos recostado  
Término puso a su pasión dura;  
Y el ave hoy día por el ancho cielo,  
Llena de estrellas, tiende el sacro vuelo.

En la silla, de perlas recamada,  
La Casiopea, que venció en belleza  
A las ninfas del mar, está sentada,  
Que nunca cae y a caer empieza;  
Levanta en alto la sangrienta espada  
Con que cortó a Medusa la cabeza  
Perseo; y Erictonio soberano  
Muestra los cabritillos en la mano.

Esculapio, que dió á la muerta gente  
En otro tiempo vida, al ponzoñoso  
Escorpion pisa; la cruel serpiente  
Con oro esmalta el cuerpo sinuoso;  
El ave, que con vuelo tan valiente  
Hasta el cielo llevó al joven hermoso,  
En el olimpo clava el corvo pico  
De los diamantes y topacios rico.

Saliendo de los naufragos humores  
El delfin junto al águila se ofrece,  
Que con los imitados resplandores  
Escamado en el cielo se aparece;  
Con los pies estribando corredores  
Sobre el círculo estivo, resplandece  
El animal, que á los poetas sabios  
Con su licor movió los dulces labios.

Andrómeda las manos extendiendo,  
De Perseo el trabajo inmortal hace,  
La cual, cuando la Libra va naciendo,  
Muere, y con Piscis y el Ariete nace;  
Cerca de sus divinos pies luciendo  
El triángulo junto al Aries yace,  
Y el que iguales los tres ángulos forma  
De la vida perfecta al hombre informa.

Del otro lado, donde el Austro ardiente  
Sopla, la gran ballena plateada,  
Del Eridano sobre la corriente  
La cola encorva, de oro matizada;  
Y contra el toro el Orion valiente  
Muestra en alto la clava levantada,  
El cual, cuando se cala la visera,  
Publica guerra con tempestad fiera.

La corredora fiebre temerosa  
Por el campo hiemal sale huyendo,  
A quien ardiendo en llamas presurosa  
Va la cruel canícula siguiendo,  
Que vierte de la boca ponzoñosa,  
Inficionando el aire, fuego horrendo;  
De la nave las velas extendidas,  
Blanquean de zafiros guarnecidas.

La mitad de su cuerpo la hidra tiende  
Debajo del leon, la cola larga  
Hasta el centauro monstruoso extiende,  
Contra la cual el cuerno el pico alarga;  
Y en medio de su cuerpo la urna pende,  
Donde Apolo gustó la húmida carga;  
El ara, adonde se ofrecían olores,  
Esparce ahora vivos resplandores.

Quando la noche tiende el negro velo  
Y todos los colores se confunden,  
Estas y otras antorchas que del cielo  
En el templo su luz viva difunden,  
Hermoseando con la vista al suelo,  
Quietud en el mortal linaje infunden,  
Y vibran desde lo alto las estrellas  
Continuamente rayos y centellas.

Al nacer y al morir son variables,  
Porque entonces el Ponto alborotado,  
Unas veces con ondas intratables  
Sus encendidos fuegos han bañado;  
Otras, las altas cumbres deleznales  
De sus salados reinos ha allanado,  
Y quietado las tímidas riberas,  
Sobresaltadas con las aguas fieras.

Estos faros del alto firmamento  
Son de suceso próspero al piloto,  
Que sin temer al ímpetu violento  
Del enojado mar y recio notó,  
En blanca espuma al trémulo elemento  
Vuelve con los polidos remos roto;  
Y ellos le muestran con feliz pasaje  
De los salados campos el viaje.

Es sin medida la inmortal grandeza  
Destas hachas y vivos resplandores;  
Mas la larga distancia de su alteza  
Las representa en ángulos menores;  
Y cuanto mas oblicua su belleza  
Nos muestran, son al parecer mayores,  
Por las exhalaciones que se engruesan  
Y entre ellas y nosotros se atraviesan.

Como cuando la piedra sumergida  
En los corrientes y húmidos cristales,  
Nos la muestran mayor de su medida  
Los bañados y gruesos manantiales;  
Al contrario, cuando hacen la herida  
Mas derecha los rayos celestiales  
De los astros, que en llamas resplandecen,  
Menores en sus círculos parecen.

En esta octava esfera, cuando encubre  
Su círculo la luna plateada,  
Y con las alas á la tierra cubre  
La noche de centellas rodeada,  
Una redondez grande se descubre  
Por todas partes, la cual fué llamada  
Via lactea, pues della la blancura  
En el color parece leche pura.

Esta sucede contra el polo frío,  
Sus hilos plateados apartando  
Del círculo de Bóreas, y al estio  
Toca, del alta Casiopea bajando;  
Después corta las velas del navio  
De Argos, cuando ya en alto caminando  
Al Erictonio sube, y en la estrella  
Acaba el orbe, que comenzó della.

Y como el arco celestial que pinta  
La primavera en su florida alteza,  
Y en la faja de vario color tinta  
Anuncia de las nubes la aspereza,  
Así se muestra la estrellada cinta  
Del señalado cielo en la grandeza,  
Despertando inquietud en los mortales  
Que escudriñan sus causas naturales.

Unos dicen que cuando el atrevido  
Faeton gobernó el carro dorado  
Del sol por el Zodiaco encendido,  
Que mostró este camino plateado;  
Entonces el olimpo esclarecido  
Ardió en vivas centellas abrasado,  
Y el incendio en los astros quedó impreso,  
Que hoy dan fe del pretérito suceso.

Otros afirman que del pecho hermoso  
De Juno, reina de los sueltos vientos,  
Corrió de leche un rio caudaloso,  
Que manchó desta faja los asentios;  
Otro, escritor antiguo y fabuloso,  
Refiere, con no menos fingimientos,  
Que los sabios y héroes del gran Marte  
Del mundo gozan en aquella parte.

Mas yo entiendo sin duda que está zona  
El señalarse en su encendida cumbre,  
Es porque allí extendió la gran corona  
Sus llamas con mas densa muchedumbre;  
Y como tantos fuegos amontona,  
Siempre parece allí mayor la lumbrera,  
Y el olimpo mas claro resplandee  
Con la luz que la cinta al cielo ofrece.

Después debajo de la gran cortina  
Del firmamento, llena de diamantes,  
Puso de Dios la voluntad divina  
Por su orden los siete orbes errantes;  
El que mas á los hijos se avecina  
Es aquel que los siglos inconstantes  
En su memoria pálido revuelve,  
Y en seis lustros adonde salió vuelve.

Luego desde su excelso trono muestra  
El rostro alegre Jupiter sagrado,  
El cual esparce con la feliz diestra  
En los hombres suceso afortunado,  
Y por los doce signos guía y adiestra,  
El carro de oro y plata matizado,  
Acabando de dar la vuelta entera  
En otro tanto tiempo, de su esfera.

En este celestial globo tenia  
Reservadas el Padre soberano  
La corona, tiara y monarquía,  
Que después repartió al linaje humano;  
Entre ellas inmortal resplandecía  
El ceptro insigne de Fernando hispano,  
Y la corona de Isabel su esposa,  
En sus hazanas, como el Rey, famosa.

Los cuales extendieron por el mundo  
Sus leyes y pragmáticas, sulcando  
De la infiel gente el piélagro profundo,  
Las enemigas ondas azotando;  
Al escuadron de Eolo furibundo  
Las católicas velas desplegando,  
Con que, seguros del peligro cierto,  
Siempre aferraron al amado puerto.

Allí se vía desenbiertamente  
Para el primer Filipo reservada  
La corona, que ornó su alta frente,  
Del uno al otro polo respectada;  
El cual, como el sol puro en Occidente,  
Nos encubrió su vista deseada,  
Acortando la muerte al Rey invito  
Las glorias con el término prescrito.

Pero al fin nos dejó á Carlos famoso,  
Que con la herencia de la fortaleza  
De sus abuelos, triunfó animoso  
Del infido poder y su grandeza,  
Y guarneció en contorno, victorioso  
A pesar de los hados, la cabeza  
Con la diadema del soberbio imperio,  
Que en otro tiempo gobernó Tiberio.

Luego la regia insignia se mostraba,  
Con que al segundo valeroso Atlante,  
El magnánimo Jove coronaba,  
Vertiendo paz tranquila en su semblante;  
El cual, con tal prudencia gobernaba,  
Que sujeto de ocaso y de levante,  
Solamente con ella reinos varios,  
Hoy á ti, gran Filipo, tributarios.

Tú, magnánimo Rey, que deseoso  
De aumentar la católica fe, esgombas  
Con la luz de tu celo piadoso  
De la morisca y infiel secta las sombras,  
No permites que idioma tenebroso  
En los estados, donde rey te nombras,  
Eclipse las unánimes ciudades,  
Fundadas en católicas verdades.

Y aunque el haber á España libertado  
De la borrasca, que con rigor mueve  
El contrario Aquilon frío y helado,  
A los Reyes Católicos se debe  
Haber de todo punto abuyentado  
De nuestros reinos tan maligna nieve;  
A tí, tercer Filipo, se atribuya,  
Columna de la fe, defensa suya.

Después de Jove, Marte con su almete  
Armado, la espantosa lanza aferra,  
Que en los inquietos ánimos promete  
Tristes delitos de enemiga guerra;  
Con los sueltos caballos arremete  
Por el quinto orbe, y la carrera cierra,  
Mientras dos veces la cabeza azada  
Muestra Ceres de espigas coronada.

En tanto que del mar Cintia la frente,  
Trece veces sacó con luz entera,  
Corriendo oblicuo el sol resplandeciente,  
Término pone á su veloz carrera;  
Y con el regalado moto ardiente  
Mide los meses desde su alta esfera,  
La hermosa Venus; amorosos juegos  
Infunde alegre con sus dulces fuegos.

Mercurio, hijo de Maya, mensajero  
De Jupiter, y grande cortesano,  
En las mercaderías medianero,  
Lleva el caduceo en la derecha mano,  
Que por ser en su vuelta tan ligero,  
Tiene dominio en el discurso humano,  
Y cual Venus, que adonde sale vuelve  
Dentro de un año, el presto curso absuelve.

Acaba el giro de su estrella helada  
En veintiocho días la serena  
Luna, que cuanto mas está apartada  
De su hermano, de luz está mas llena;  
La cual, ya baja, ya alta, ya hinchada  
Camina, ya los cuernos enajena  
Del globo lleno, ya de nuevo crece,  
Agora no se ve, ya se aparece.

Deste modo los orbes celestiales  
Adornó el Criador, mas yo no creo  
Que puso tantas joyas inmortales  
Solo en los cielos por vistoso arreo;  
Si la silvestre flor que entre jarales  
Nace, y la piedrezuela que de Alfeo  
Entre arenas menudas se entretiene,  
Su natural virtud vemos que tiene.

Y así no están resplandeciendo en vano  
De los astros los círculos, mayores  
Que la ancha redondez del Oceano,  
Aunque la vista juzga ser menores;  
Ni solamente el templo soberano  
Hermosean los vivos resplandores,  
Que tambien derramando su influencia,  
Sobre los cuerpos tienen preeminencia.

Apenas muestra sobre el horizonte  
La visera calada Orion fuerte,  
Cuando entristece al padre de Faetonte  
El Noto, y de las alas rios vierte;  
El fiero mar sobre el mas alto monte,  
Rabiando Scila, los humores vierte;  
Teme el Cielo que el bañado juego  
No apague de Etna al encendido fuego.

Mas si levanta con lucida lumbre  
La clara frente de Neptuno el hijo,  
Cesa de la salada pesadumbre  
Y de los vientos el gemir prolijo;  
El sol alegre desde su alta cumbre  
En los hombres infunde regocijo,  
Y temerosa la cargada nube  
Huyendo, á los mas altos montes sube.

Y cuando de las Hiades el coro  
Nace, que entre las ruedas estrelladas  
Del cielo, puso el excesivo lloro,  
Las nubes de los vientos azotadas,  
Llorando, cubren las madejas de oro  
De las hijas de Atlante, lastimadas,  
Que truecan con sus llantos y dolores,  
En rios á los húmidos vapores.

La sediente canícula, si el pecho  
Enseña en vivas llamas abrasado,  
Perturba al aire, y del hondoso estrecho  
Con su ardor turba al nadador ganado;  
En los cuerpos humanos, á despecho  
De los hombres, envia un destemplado  
Calor, que por las venas discurriendo,  
Las naturales obras va impediendo.

Luego si en el Olimpo no hay centella  
Que en los círculos intimos no influya  
Mudanza alguna con su lumbre bella,  
Que las cosas aumente ó disminuya;  
Está claro que á cada errante estrella  
Tambien sobre nosotros se atribuya  
Alguna natural virtud secreta  
Que influye desde el círculo el planeta.

Con el rigor de su melancolia  
Saturno, en los humanos corazones  
Humores gruesos y viscosos cria,  
Mezclados con suspiros y afliciones;  
Y revolviendo el globo, al mundo envia  
Con fiera tempestad inundaciones;  
En los hombres derrama árido y frio  
El pálido color del seco estío.

Jove, como caliente y humedece  
Templadamente, desde su alto asiento  
En los prudentes ánimos ofrece,  
Y reparte el benigno pensamiento;  
Los piadosos pechos enternece  
De la concordia con el instrumento,  
En compañía de la vida honesta,  
De costumbres pacíficas compuesta.

El fiero Marte, seco y encendido,  
Los inhumanos corazones prende  
Con el ardor de su crueldad nacido,  
Y por las venas llamas de ira extiende,  
Que irritada con impetu atrevido  
De sí misma, al furor y rabia enciende,  
Y impaciente con sangrienta guerra,  
Hace daño á los hombres y á la tierra.

El Sol, padre de todo cuanto nace,  
Cuando en su nacimiento está muy fuerte,  
Justos y heroicos á sus hijos hace,  
Y en sus labios el dulce panal vierte;  
Vénus, con su risueña vista aplace,  
Influyendo su estrella feliz suerte,  
Y humedeciendo, mas de lo que es justo,  
Despierta en los humanos torpe gusto.

Con su naturaleza variable,  
Obra mudanzas de naturaleza  
Mercurio, y el planeta mas instable  
Causa con su humedad en la cabeza  
Humor, que hace al hombre inexplicable,  
Llenándole la lengua de torpeza,  
Por cuya enfermedad, con ansia loca,  
Daña en espuma la torcida boca.

Tambien cuando la Luna se pasea,  
Vertiendo de los cuernos oro fino,  
Los vientos entre sí fiera pelea  
Mueven con espantoso torbellino;  
Si en el tercero dia la rodea  
Con negra nube entorno el orbe trino,  
El marinero con los remos rotos,  
Ofrece al cielo duplicados votos.

Pero usurpando sus mejillas bellas,  
El color á la plata y leche pura,  
Al Ponto, que amenaza las estrellas,  
Con dulce paz el céfiro asegura;  
El Austro, dando fin á sus querellas,  
Enjuga el llanto de la cara oscura;  
Cintia entretanto, desde la alta cumbre,  
Viste á la tierra con serena lumbre.

Oh diosa de las selvas, de humedades  
Madre, espejo del sol, del mar señora,  
Medida de las décadas y edades,  
Del mal oculto fiel descubridora,  
Pronóstico de varias tempestades,  
Que el suelo de los pechos evapora!  
Con tus mudanzas las defunctas mieses  
Nacen y ondean en diversos meses.

Cuando vas por el cielo paseando,  
La noche, como á reina esclarecida,  
Con antorchas te sale acompañando  
Toda de negro resplandor vestida,  
Y al tiempo que al leon el sol dorando  
Va la cerviz, en llamas encendida  
Coronas de los árboles las frentes,  
Con las guimaldas de la vid pendientes.

Tú, en la tierra del uno y otro cuerno,  
Y de la llena redondez arrojas  
El frio natural en el invierno,  
Y los bosques del verde honor despojas,  
Restituyendo en el verano tierno  
A los desnudos árboles las hojas;  
Tú pones leyes al furioso abismo  
Del Ponto, y te obedece el Ponto mismo.

Mas encendido que la roja grana,  
Por las arterias y bañadas venas  
Con tu poder el liquido humor mana,  
El mar cubre y descubre sus arenas;  
Las tristes influencias, oh Diana,  
De las estrellas templas y refrenas;  
A los vivientes, de quien eres causa,  
Tu celestial humor aumento causa.

Eres tambien, cual luna vidriosa,  
Que sin agena luz no resplandece,  
Que Apolo con su lámpara hermosa  
Piadoso tu círculo esclarece;  
Mas no siempre tu rueda luminosa  
En el cielo de un modo se aparece,  
Que cuando pone en tí su vista grata  
De lado, muestras tú la hoz de plata.

Si exdiámetro está contigo opuesto,  
Los cuernos en el orbe entero juntas,  
Y luego poco á poco de tu gesto  
Disminuyendo las colores juntas  
Renuevas, hacia donde el sol se ha puesto,  
De la cabeza las cornudas puntas,  
Hasta que de tu esposo los despojos  
Gozas, cerrando de placer los ojos.

Pero si de la misma parte opuesta,  
Su luz te envia por camino recto,  
Y la tierra está en medio de ambos puesta,  
La tierra el resplandor quita á tu aspecto  
Que de su clara redondez te presta,  
Y así eclipsas tu círculo perfecto,  
Aunque despues, en poco tiempo, miro  
Serenos y claro tu redondo giro;

Como cuando las nubes van corriendo  
Por el aire cargadas de humedades,  
Los esparcidos rayos encubriendo  
De Febo, con cerradas tempestades;  
Pero cesando el torbellino horrendo  
Con que hubieron las escuridades,  
Ufano descubriéndose, derrama  
Los dorados arroyos de su llama.

En suma, nunca tienes firme estado,  
Eres menor, cuando en la vuelta creces,  
Cuando mengua tu globo plateado,  
Mayor á nuestros ojos te apareces;  
Ya apresuras tu curso arrebatado,  
Perezosa caminas otras veces;  
Ya te abajas, ya en alto el paso mueves,  
Y en las cosas mudanzas varias llueves.

Y es infalible, que la docta gente  
Que tus efectos no penetra y sabe,  
No puede discernir perfectamente  
El peligro del mal agudo y grave;  
Que á los cuerpos, es cierto, el accidente  
Que poco mas ó menos les agrave,  
Segun el vario aspecto y el consorcio  
Que con los astros haces y divoreio.

Si acaso juntas la menguante frente  
Con el Aries, del sol en compañía,  
El que entonces enferma, ardor caliente  
Dentro del encendido pecho cria;  
Como las llamas de la cueva ardiente  
Que con furor al aire el Etna envia,  
Que en sus venas y arterias, entre azufre  
Ha tanto tiempo que el gigante sufre.

Mas, si del Toro en el lugar florido  
Con Marte y con Apolo te apareces,  
Al triste enfermo impides el sonido  
De la voz, y la lengua le entorpeces;  
Y si te mira Fénon afligido  
Por diámetro en Gémlis, ofreces  
Un humor grueso, que al doliente aqueja,  
El cual suspira y de dolor se queja.

Si te conturba dentro de tu casa  
Por cuadrado, despues que has esparcido  
Por las medulas un ardor sin tasa,  
Vuelves de nieve el cuerpo descaído;  
Y si con el Leon, que al cielo abraza,  
En el aspecto mismo te ha afligido,  
La mudanza que el triste astro dispone,  
La complexion humana descompones.

Si con la Virgen sale acompañando  
Jupiter tu deidad, mas fuerte y dura  
Será la flaca enfermedad, turbando  
Al hombre con frenética locura;  
Oh cuántas veces en la Libra estando  
Opuesta con Saturno, allá en su altura,  
Al enfermo el celebro has violentado,  
Y en sus sienas dolor grave causado!

Si con el signo octavo ponzoñoso  
Caminas, medio círculo apartada  
De Saturno, en veneno peligroso  
Truecas la sangre pura y delicada;  
Si en la octava, el Centauro riguroso,  
Jove y Vénus contigo hacen morada,  
En aquel punto catarrosos rios  
De sí distilan los celebros frios.

Si en la séptima, el viejo Celio mira,  
De Pan entre los cuernos, tu semblante  
El doliente del pecho saca, y tira  
La ansiada voz al cielo penetrante;  
Mas inquieto que el mar cuando suspira,  
Miedo infundiendo al pobre navegante,  
Y un tépido sudor su cuerpo altera,  
De quien despues el frio se apodera.

Si Vénus y Saturno ven unida  
Con Acuario en la décima tu estrella,  
Celosa engendras cólera encendida  
En el triste, que al cielo se querella;  
Mas, si por cuadro aspecto ve cenida  
Celio con Piscis tu redondez bella,  
En lo intimo del pecho el yelo externo  
Siente el enfermo del nevado invierno.

Pero el sol, rey de la naturaleza,  
Modera con sus rápidas saetas,  
Del aire inficionado la maleza,  
El riguroso influjo de planetas;  
Aunque tambien infunde fortaleza  
Y espíritu en los rayos y cometas;  
¿Cómo comenzaré tu loor jocundo,  
Fuente de luz, gobernador del mundo?

Tú abres los poros de la tierra dura,  
Y penetrando sus entrañas frias,  
Con los calores de tu lumbre pura  
En las raíces una virtud erias  
Con que cubres los bosques de espesura,  
Y á los troncos el verde ornato envias,  
Adornando con flores desde el cielo  
La superficie del estéril suelo.

Tú, de los astros entre sí contrarios,  
Acuerdas la enemiga competencia,  
Y ya los elementos adversarios,  
Por su continua guerra y diferencia  
Perecieran, si en sus efectos varios  
No los reconciliase la influencia  
De tu virtud, con que las mieses nacen,  
Y treguas entre sí los vientos hacen.

Tú tienes de oro rico firme asiento  
En medio de los cielos, y en tu esfera  
Haces lo que del músico instrumento  
En la mitad, la cuerda obra tercera,  
Que de las otras, el disorde acento  
Concierta en armonia placentera:  
Así tú acuerdas en sus vueltas varias  
Las estrellas errantes y contrarias.

Las formas con tu luz diferenciando  
De las cosas, distingues los colores,  
Y cuando del Oceano sacando  
Los fogosos caballos voladores,  
Vas de oro en alto el carro levantando,  
Encendido con vivos resplandores,  
Con nuevas fuerzas las arterias riegas  
Hasta que al demediado cielo llegas.

Mas, cuando de lo alto presuroso  
Cayendo, inclinas el ligero paso,  
Las doradas madejas deseoso  
De bañar en las ondas del ocaso,  
Todo animal alfoja perezoso  
El natural vigor del cuerpo laso:  
Tales efectos hace la presencia,  
Oh Apolo, de tus rayos y el ausencia.

Como la delicada y fresca rosa,  
Que con el puro fuego de tu lumbre  
Sobre la verde base en que reposa,  
Ufana muestra la olorosa cumbre;  
Y si la gracia de tu vista hermosa  
Cubres con añublada pesadumbre,  
Ella, humillando al suelo la cabeza,  
Marchita las mejillas de tristeza.

Tus esparcidos rayos sutilizan  
Del mar las exhaladas impresiones,  
Y en alto condensadas se deslizan  
De helada nieve en húmidos vellones;  
Cuando el frio y el viento la ira atizan,  
Se congelan cual balas de cañones,  
Otras veces en lluvias se resuelven,  
Y á los senos del vasto Ponto vuelven.

Cuando desde el olimpo á los mortales  
El Toro envia la estación templada  
Del año, y por Oriente alegre sales,  
Viendo la antigua tierra renovada,  
Y entrando por las casas celestiales,  
Dora tu luz su fábrica labrada,  
El aire, que sin nubes se aparece,  
Hasta que mueres, siempre resplandece.

Si se encubre al nacer escuro velo,  
O pálidas descubres las mejillas,  
El Oceano, amenazando al cielo,  
Se vuelve airado contra las orillas;  
Pero si viertes por el ancho suelo  
De los cabellos llamas amarillas,  
El padre de los vientos la ira recia  
De sus hijos en vano menosprecia.

Porque el Austro augmentando los enojos,  
Y el opuesto Aquilon arrebatado,  
Rompiendo de la cárcel los cerrojos,  
Combatien a porfia el mar hinchado;  
Netpuno con los húmidos despojos,  
Entre dudosas ondas azotado,  
No sabe a quién ha de acudir, que mira  
Igual la rabia de los dos y la ira.

Pero apenas la ciega noche igualas  
Con el día, en el Aries albergando,  
Cuando batiendo las templadas alas  
Los vientos, y las cosas fomentando,  
Los troncos vistes con frondosas galas,  
A las muertas raíces vida dando;  
Rien las horas, y el verano tierno  
Recoge flores del precioso cuerno.

Mas, cuando enderezando al Bootes frio  
Tu curso, al Canero hieres encendido,  
Con maduras espigas el estio  
A Ceres pone el pálido vestido;  
Enfrena entonces el corriente rio  
De su raudal el impetu atrevido,  
El segador, sudando barba y cejas,  
Corta a la seca tierra las madejas.

Si el presuroso carro atrás volviendo,  
La Libra adorna con tus rubias hebras,  
El día con la noche igual haciendo,  
Poco a poco al calor la fuerza quiebras;  
Las sepultadas fuentes renaciendo,  
Bajan del monte por inciertas quiebras;  
El otoño la frente levantada  
Muestra alegre con frutos coronada.

¡Oh mi querida patria venturosa,  
Mas obligada que ninguna al cielo!  
En cuya vega amena y deleitosa  
El Céiro batiendo manso el vuelo,  
La primavera tierna y olorosa  
Cubre de flores el alegre suelo,  
Con varias esmeraldas matizado,  
Seguro del estio y tiempo helado;

Do impiden las escuadras ordenadas  
De los árboles fértiles y hermosos  
A Febo con las cimas acopadas  
La entrada de sus rayos poderosos;  
Y por las verdes plantas derramadas  
Las aves, con acentos sonorosos,  
De las aguas el son claro acompañan,  
Que en torno a la florida tierra bañan.

Ricos dones derrama en la ribera  
De los dorados astros la influencia,  
Y del placer que allí la primavera  
Causa, la llaman Vera de Placencia;  
Allí en contorno de su cabellera  
Muestra el otoño varia diferencia  
De dulces frutos, y en las grandes cubas  
Distilan mosto las pisadas uvas.

Allí nace el membrillo restringente,  
Cubierto de vellosa y blanda lana,  
Porqué del tiempo duro y inclemente  
Ofender no le pueda la ira insana;

Mezcla el durazno en la encarnada frente  
La blanca nieve y encendida grana;  
El pérsigo el veneno en hiel convierte,  
El oloroso pero sangre vierte.

Allí, después que del romano imperio  
Hubo el gran César español triunfado,  
Se retiró, porque del hemisferio  
Es el lugar mas sano y mas templado,  
Y de Yuste en el sacro monasterio  
Esperó y padeció el golpe acerado  
De la Parca, dejando a su hijo Atlante  
La carga del Oeaso y del Levante.

Allí pues las simientes escondidas,  
Oh Febo, en alto con tu ardor levantas,  
Y conviertes en ramas extendidas  
Los pequeños renuevos de las plantas;  
Las flores de olor árabe esparcidas  
Vuelves en fruto con tus llamas santas,  
Y con fuego templado calentando,  
Vas en dulzura su amargor trocando.

Quando doras el uno y otro cuerno  
Del Capricornio, caminando al Austro,  
Rompe las piedras el furioso invierno,  
Aquilon sale del nevado claustro  
Vertiendo hielo, al parecer eterno,  
Con recios soplos desde el frio plauastro,  
Con que el hinchado Oceano exaspera  
Las ondas con furor y rabia fiera.

Si del corvo Dragon en la cabeza  
O en la cola cruel haces morada,  
Y entre nosotros y entre tu belleza  
Se atraviesa la tuna levantada,  
El rostro alegre llenas de tristeza,  
Encubriendo tu vista deseada,  
Porque los rayos de tu luz divina  
No penetran el globo de Lucina.

Mas el funesto y tenebroso velo,  
Que impide el resplandor de tu semblante,  
No niega a todo el extendido suelo  
La gracia de tu esfera rutilante;  
Que el que los dones del benigno cielo  
Participa en las partes de Levante  
Y opuesto Oeaso, goza enteramente  
La inmortal gracia de tu globo ardiente.

Pero cuando con luto negro y triste  
Cubrió la acerba muerte al sol divino,  
Por nuestra culpa, y tú, Apolo, escondiste  
Doloroso el cabello de oro fino;  
A todo el mundo en torno escureciste,  
Atónito del caso peregrino,  
Y entre nubes los orbes celestiales  
Encubrieron su vista a los mortales.

Bramó el Ponto; el lucido firmamento  
Del gran templo apagó las luces puras,  
Y sin hacer el hombre sentimiento,  
Se abrieron de dolor las piedras duras;  
Temerosas gimieron en su asiento  
Hasta las almas de Pluton oscuras,  
Y cubiertos de azufre y fuego eterno  
Temblaron los umbrales del infierno.

Espantada Megera y suspirando,  
A las hermanas llama en tal conflicto,  
El monstruoso Cancerbero aullando,  
Atruenan las cavernas de Cocito;  
Las sombras la infernal pena augmentando,  
Temen de nuevo su ladrar maldito:  
Silbaron de temor las hidras fieras,  
Y llamas vomitaron las quimeras.

## DIA QUINTO.

Señor, que del linaje descendiente  
De las aguas, en ellas parte dejas,  
Y parte sobre el aire trasparente,  
Del nativo y profundo nido alejas;  
Enmudeciendo la húmida en su fuente,  
Y la aérea esparciendo al cielo quejas,  
Permite que yo el género diverso,  
De una estirpe nacido, cante en verso.

Antes que de las aves las edades  
Pinte, diré los varios escuadrones  
De los peces, las dulces amistades,  
Los talamos bañados, las quisiones,  
Las castas bodas, las enemistades,  
Las sagaces astucias, las traiciones,  
La pesca contra algunos cautelosa,  
Inventada del arte ganancioso.

Son de Neptuno las escuadras mudas  
Sin número, las cuales serpando  
Van, cual culebras, por las ondas crudas,  
Los cuerpos encogiendo y alargando,  
Y como proas ágiles y agudas,  
Con los rostros de modo el mar cortando,  
Que fácilmente en el profundo vaso  
Al cerrado camino abren el paso.

Hacia delante por el lago frio,  
Extienden y retiran igualmente  
Las alas, como cuando de algun rio  
Contra la fuerte y rápida corriente  
El marinero con gallardo brio,  
Sacudiendo los remos fuertemente,  
Los líquidos cristales va rompiendo,  
Alargando los brazos y encogiendo.

Los que las aguas dulces o saladas  
Habitan, que del uno y otro viento  
En alto se levantan azotadas,  
Son para el hombre de mejor sustento,  
Principalmente si entre frias heladas  
Las bate Bóreas con rigor violento,  
O el Euro, que con rojo néctar moja  
Las sueltas alas desde el alba roja.

Porque con los suspiros impelidos  
Los ministros de Eolo voladores,  
Los lagos de los mares detenidos  
Turban y de los rios corredores;  
Con cuyo movimiento combatidos  
Los peces sutilizan los humores;  
Y consumiéndolos las superfluidades,  
Engendran mejor sangre a sus edades.

Deste grande rebaño, unos del cieno,  
Como el barbo y la raya, se sustentan;  
El aleche y cabron del pasto ameno  
Que en las riberas nace, se alimentan;  
Entre las piedras del salado seno  
Los crueles ratones se apacientan,  
Que desafian a campal batalla  
Al mas fuerte escuadron que en torno se halla.

Los ligeros atunes, señalados  
Con suelta ligereza en la carrera,  
De las vecinas tierras apartados,  
Nadando corren puestos en hilera,  
Y sus bastardos hijos, respetados  
Del marinero en la salada esfera,  
Siguiendo van de los bajeles altos  
Las blancas velas, dando alegres saltos.

Como del pueblo la confusa gente  
Sigue al son de abaliles y atabales  
Al luchador soberbio nuevamente  
Con las cortadas ramas inmortales,  
Hasta que pisa el vencedor valiente  
Ufano de su casa los umbrales;  
Así los peces siguen las antenas  
Hasta ver de la tierra las arenas.

La rémora del húmido elemento  
En las profundidades siempre vive,  
Cuyo prodigio y milagroso cuento  
El que lo oye por falso lo recibe;  
Que el no experimentado entendimiento  
Difícilmente su verdad concibe,  
Mas la experiencia con los varios usos  
Los solisticios alcanzó confusos.

Quando juntando el Aquilon furioso  
Todas sus fuerzas, y favorecido  
Del bravo mar, combate riguroso  
A la nave con impetu atrevido,  
Si el hocico en el leño temeroso  
Y de las fieras ondas sacudido,  
Clava el pece, le tiene tan parado,  
Que parece en el suelo estar clavado;

Como la dura y encumbrada roca,  
Que mil veces los soplos despreciando  
Del recio Noto, con la cima loca  
Las inferiores nubes sojnzgando;  
O como el pino, que en el cielo toca  
Con la frente, a la tierra amenazando,  
Que, cuanto mas desdenan a los vientos,  
Tanto mas firmes tienen los asientos.

Viendo en tal punto el marinero triste  
El caso extraño, semejante al sueño,  
Y que a los vientos y al furor resiste  
Del gran Neptuno el animal pequeño,  
Confuso y lleno de temor desiste  
De gobernar el afligido leño,  
Que, queriendo partirse, no se atreve  
A proseguir su curso ni se mueve,

Como la suelta gama, perseguida  
Del cazador y del astuto perro,  
Que deseosa de salvar la vida,  
Corriendo vuela por el llano y cerro;  
Mas si entonces acaso fué herida  
De la saeta con el fuerte hierro,  
Tanto con el mortal golpe se altera,  
Que, no queriendo, al cazador espera.

La anguila y la tortuga abroquelada,  
Desamparando el oceano lecho,  
Hacen habitacion dulce y morada  
Fuera, mas cerca del salado estrecho;  
Y el castor, que en la orilla atribulada,  
Cuando arroja el cruel grito del pecho,  
Si alguno le oye por su mala suerte,  
En vano huye de la presta muerte.

Hay otros peces que del lago ondoso  
En lo mas apartado siempre habitan,  
Y en el talamo casto y vergonzoso  
Las deseadas bodas ejercitan;  
Otros, que con estímulo celoso  
A Marte en la sangrienta guerra imitan,  
Y el que vencedor sale en la contienda,  
La victoria se lleva con la prenda.

Otros, que con cuidado enorme y feo  
Nuevo amor buscan por la tierra enjuta,  
Como el sargo insaciable, que el deseo  
Con las cabras en público ejecuta;  
Mas de su esposa el piadoso etneo  
Jamás la honesta compañía refuta,  
Como si el casto yugo los ligase  
Del sancto matrimonio y los juntase.

Mas no es igual el fin del casamiento  
Al del bastardo lucio, que escondido  
En detenidas aguas hace asiento,  
Al uso de las mesas no eligido,  
Por ser de catarroso nutrimento,  
Y de pasto nocivo y desabrido,  
El cual de la flemosa tenca nace,  
Que las arenas cenagosas paze.